



IX

DURANTE todo este tiempo habían ido los Reyes Católicos, con su amorosa solícitud de padres y su profundo cálculo de consumados políticos, escogiendo, preparando y allanando los matrimonios de sus hijos, y por Noviembre de 1495 estaban ya concertados el del príncipe don Juan con madama Margarita de Austria, y el de la infanta D.^a Juana con el archiduque D. Felipe, hijos ambos, Felipe y Margarita, de Maximiliano, rey de Romanos, electo Emperador de Alemania.

Estos eran los graves sucesos que hicieron á la Reina retener á su lado al arzobispo Cisneros, deseosa de que, como primera dignidad de la Iglesia de España, bendijese la unión del príncipe de Asturias D. Juan con madama Margarita, y deseosa también de tenerle á su lado para encon-

trar con sus consuelos el apoyo y la fortaleza que habría de menester su ternura de madre, al separarse para siempre—como creía ella entonces—de la infanta D.^a Juana, que sólo contaba diez y siete años: porque, bajo la corteza de austera rigidez de Fray Francisco, había ya descubierto la Reina un carácter tierno y compasivo, capaz de comprender y apreciar todos los matices y todas las delicadezas de la sensibilidad femenina, que la complacía en extremo y érale de gran consuelo.

Reunióse en Laredo, por orden de los Reyes, una flota de ciento veinte naves de distintos portes, al mando todas ellas del almirante D. Fadrique Enríquez, que era aquel mismo D. Fadrique, primo del Rey, que castigó la Reina por haber atropellado el seguro regio dando de palos al señor de Toral, Ramiro Núñez: los años y la severa lección dada por la Reina habían trocado al petulante mozo en un honrado y leal caballero.

Esta flota debía llevar á la infanta doña Juana á Flandes á reunirse con el Archiduque, su esposo, y traer luego á España á madama Margarita para desposarse en Castilla con el príncipe D. Juan. Iban á

bordo de la flota más de diez mil hombres de guerra, al mando de D. Sancho de Bazán, tanto para honrar á la infanta Doña Juana en el viaje de ida y á madama Margarita en el de vuelta, como para prevenir cualquier ataque ó sorpresa de los franceses, desavenidos ya y en vísperas de guerra con los españoles.

Desde principios de Agosto comenzó á llegar á Laredo, villa entonces de gran importancia, toda aquella gente de guerra, procedente en su mayor parte de las milicias de Castilla, Asturias y Vizcaya. Llegaron también con gran acompañamiento el Marqués de Astorga, los Condes de Melgar y de Luna, Gómez de Buytrón y otros nobles caballeros que iban como Capitanes de la gente de guerra.

El día 19 llegó asimismo D.^a María de Velasco, madre del Almirante, encargada de acompañar, como Dueña de honor, á la infanta D.^a Juana y volver con el mismo cargo con madama Margarita: venían con ella, como Dueñas de honor también, doña Ana de Beamonte, hermana del Condestable de Navarra, y D.^a María de Villegas, escoltadas y servidas las tres por muchos nobles caballeros, sus deudos y amigos.

porque la galantería de aquella época, que tan refinada llegó á ser en los siglos XVI y XVII, y que entonces comenzaba á clarear, no honraba tanto en la mujer á la juventud y la hermosura, como á la cualidad de dama, y por eso respetaba y servía con igual reverencia á la ancianidad y á la dignidad de madre.

Pocas horas después de llegar á Laredo las tres Dueñas de honor, hizo su entrada la infanta D.^a Juana, acompañada de su madre la Reina Católica, que no quiso separarse de ella hasta dejarla en el barco.

Memorable fué aquella despedida: venía la Infanta pálida y llorosa á la derecha de la Reina, y sobrecogida á la vista del mar, en que nunca había entrado, arrió maquinalmente su acanea á la de su madre, como buscando en ella protección y amparo: dirígale la Reina palabras cariñosas y refase á veces para calmar su terror; pero hacíalo con una expresión tan desolada y triste que arrancaba lágrimas á cuantos alcanzaban á verla.

Á la izquierda de la Reina iba el arzobispo Cisneros, con su hábito franciscano, cabalgando en una mula de las Caballerizas Reales, por no tenerla él propia, y procu-

rando con sus discretas y oportunas razones fortalecer á la madre y sosegar á la hija. Seguíanles el obispo de Jaén, D. Luis Osorio, y la condesa de Camiña, D.^a Beatriz de Tavara, que debían embarcarse con la Infanta, el uno como Limosnero y como Camarera mayor la otra: la Marquesa de Moya, que lo era de la Reina, otras ocho señoras muy principales, que iban á Flandes como damas de la Infanta, y los nobles caballeros que habían de formar su Casa (1).

Oprimíanse en torno de la afligida cabal-

(1) La Casa de la Infanta, según se la formó su madre con solicitud amorosa, se componía de las personas siguientes: D. Luis Osorio, obispo de Jaén, limosnero mayor; D. Diego de Villaseusa, maestro en sagrada Teología, capellán mayor; D. Rodrigo Manrique, mayordomo mayor; Francisco de Luján, caballero mayor; D. Juan Vélez de Guevara, trinchante; Diego de Rivera, camarero; Martín de Moxica, tesorero; Francisco de Alcaraz, contador; Pedro de Godoy, veedor; maestresalas: Martín de Tavara y Hernando de Quesada; camarera mayor, D.^a Beatriz de Tavara, condesa de Camiña; dueñas de honor: D.^a María de Velasco, madre del Almirante; doña Ana de Beamonte, hermana del Condestable de Navarra, y D.^a María de Villegas; damas: D.^a María de Aragón, hija del Condestable de Navarra; D.^a Blanca Manrique, sobrina del Duque de Nájera; D.^a María Manuel, hija de don Juan Manuel; D.^a María Manrique, hija de D. Pedro Manrique; D.^a Francisca de Ayala, D.^a Aldara de Portugal, D.^a Beatriz de Bobadilla, sobrina de la Marquesa de Moya, y D.^a Ángela de Villanova.

gata el vecindario en masa de Laredo, y la mayor parte de los rústicos habitantes de aquellas montañas, apenados todos y conmovidos ante el dolor de aquella Real madre, que lloraba como cualquiera otra al separarse de su hija para no volverla á ver nunca.

No había, sin embargo, gritos alborotados, ni lloros ruidosos, ni ayes lastimeros: corrían silenciosas las lágrimas, murmurábanse frases de compasión y de cariño, y tendíanse las manos calladamente en señal de amorosa despedida; parecía aquello, en fin, una inmensa pena de familia, enfrenada y regida por el dolor profundo, pero sosegado y augusto, de la madre, que era la Reina.

Iban en la flota dos grandes carracas genovesas de más de mil toneladas cada una, *de muy gran porte e muy alterosas de castillos*: eran estas naves las más grandes de su época, de lento pero seguro navegar, y por eso había escogido la Reina una de ellas para conducir á Flandes á la infanta D.^a Juana, llevando consigo á bordo toda su servidumbre y quinientos hombres que pudieran defender el barco en caso de ataque.

Subió la Reina á bordo de la carraca, con ánimo de dejar en ella instalada á su hija y volverse á tierra al punto. Mas al verse D.^a Juana por primera vez en su vida sobre aquellas frágiles tablas, que bamboleaban sin cesar las furiosas olas del Cantábrico, abrazóse llorando á su madre, suplicándola aterrada que no la abandonase tan pronto.

Enternecióse la buena madre y pasó toda aquella noche en el camarote de su hija, calmando su terror con mimos y halagos, cual si fuera una niña pequeña.

Al día siguiente, por la mañana, recorrió la Reina todo el buque con la Infanta, subió á los castillos y descendió á la cala, procurando siempre, con risas y cariñosas burlas, sosegar su ánimo y acostumbrarla y quitarla el miedo á los incómodos balanceos del barco.

No satisfecha con esto, durmió también aquella segunda noche á bordo de la carraca, en el camarote preparado para doña María de Velasco, separado sólo por delgadas tablas del que la Infanta ocupaba, y al amanecer del día siguiente, una hora antes de que la flota levase anclas y se diese á la vela, volvió á Laredo desolada y triste, pero no sola con su dolor: acompañábanla

las lágrimas y bendiciones de todo un pueblo, que, silencioso y conmovido, la aguardaba en la playa, y acompañábanla también sus cuatro grandes amigos: la Marquesa de Moya, el arzobispo Cisneros, Gutierre de Cárdenas y el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.



X

EL 8 de Marzo arribó á Santander, ya de vuelta, la flota que había conducido á Flandes á la infanta D.^a Juana, y traía entonces á bordo á madama Margarita de Austria, con grande acompañamiento de flamencos y castellanos.

Habíase desposado ésta pocos días antes en Amberes con el príncipe D. Juan, por poderes que dió éste á Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos, y acaeció en esta ceremonia un caso curioso, que extracta Rodríguez Villa de un Códice de la Academia de la Historia, y que sobre pintar muy al vivo las costumbres de la época, pone de manifiesto flaquezas muy recónditas de la diplomacia de entonces.

Era Francisco de Rojas hombre de agudo ingenio y de muy buenas prendas, pero distraído y sucio y descuidado en su persona.

Sabíalo Antonio del Valle, que á la sazón se hallaba también en Amberes, y procurando el mayor lustre del Embajador, dióle una ropa de brocado de tres altos, y el día en que había de hacer la ceremonia de acostarse en la cama de madama Margarita, ante toda la corte, prevínole que mirase si iba bien aderezado, porque habíase de desnudar en calzas y en jubón; dijo el distraído Rojas que sí lo iba, y al tiempo que se desnudó llevaba tales calzas, que se le salía por detrás la no muy limpia camisa, con lo cual quedó el Embajador muy corrido y avergonzados los castellanos presentes.

Embarcóse madama Margarita en Rotterdam, y como á la mitad de la navegación sorprendió á la flota una borrasca tan repentina y furiosa que dispersó todas las naves, hizo zozobrar dos vizcaínas y estuvo á punto de perecer la carraca en que venía Margarita.

Entonces se reveló por primera vez la grandeza de alma y heroica serenidad de aquella ilustre Princesa; vistióse sus mejores galas, para que, en caso de naufragio, reconociesen su cadáver por la magnificencia de sus vestidos, y así dispuesta recorrió

todo el barco, animando á unos y sosegando á otros, así hombres como mujeres, y entonces fué también cuando, según la tradición, compuso para sí misma el conocido epitafio:

Ci git Margot, la gente demoiselle,
Qu'ent deux maris et si morut pucelle (1).

Arribó, al cabo, la flota á Santander el 8 de Marzo, como ya dijimos, y desde el momento en que saltó á tierra madama Margarita, conquistóse las simpatías de todo el pueblo.

Venían ella y todas las damas y caballeros de su séquito, vestidos á la española, con gran sencillez y elegancia, delicada atención que supieron comprender y apreciar desde luego los castellanos, y que revelaba en la Princesa ese exquisito tacto, propio de los grandes políticos, que se valen de medios pequeños para alcanzar fines muy grandes. El que se proponía la Prin-

(1) Margarita de Austria estuvo anteriormente desposada con el delfín de Francia Carlos, hijo de Luis XI, el cual rompió la boda convenida para casarse con Ana de Bretaña, al heredar la corona, que llevó con el nombre de Carlos VIII.

cesa no podía ser más noble y más legítimo, pues reducíase á conquistarse el corazón de su esposo, de sus suegros y de sus futuros vasallos, y desde el primer momento comenzó á lograrlo.

No bien tuvieron noticia del arribo de la flota á Santander, acudieron allí presurosos el rey D. Fernando y su hijo el príncipe D. Juan, con gran acompañamiento, para recibir á madama Margarita.

Encontráronla en el Valle de Toranzo, cerca de Reinosa, y desde allí marcharon todos juntos á Burgos, donde les aguardaba la Reina.

El rey D. Fernando, gran conocedor y apreciador de mujeres, quedó desde luego encantado de su nuera. En cuanto al príncipe D. Juan, virgen de cuerpo y también de alma y educado por la Reina en la pura y serena atmósfera de la castidad y la realeza, sin trato íntimo con otras mujeres que no fueran su madre y sus hermanas, hubiera podido decir con el mismo puro asombro que dos siglos después respondió María Teresa al confesor, que le preguntaba si había amado antes de su matrimonio á algún otro hombre que á su marido, Luis XIV:

—¡Pero si no había en España otro Rey que mi padre!...

Así fué que al fijarse por primera vez en la mujer que le destinaban, Princesa como él y como él joven y amable, miróla embesado, como Adán á Eva al despertar de su sueño, y apasionóse de ella con tanto más ardor y vehemencia cuanto era su pasión más honesta y legítima.

Y era, en efecto, digna de aquella pasión virginal la princesa Margarita.

La Historia consigna su gran tacto político en las *Conferencias de Cambray* y en la *Paz de las Damas*, llamada así porque entre ella y Luisa de Saboya la ajustaron; elogia la bondad y la inteligencia con que se hizo cargo de la educación de su sobrino el gran Carlos V, y menciona su alma de poeta, lamentando que sus bellas composiciones se hayan perdido.

Su presencia era elegante y esbelta, y su fisonomía, aunque no de una belleza correcta, tenía la frescura de la juventud, el blanco nacarado de las mujeres del Norte y el encanto de la expresión, que es en el rostro humano lo que el colorido es al dibujo.

La Reina, por su parte, recibió á su nue-

ra con los brazos y el corazón abiertos, y desde el primer momento vió en ella, no á una nuera, parentesco por lo general anti-pático á las mujeres, sino á una verdadera hija; porque en aquel gran corazón había cabida, había savia para albergar y robustecer y mantener vivos y pujantes todos los amores; sabía amar, y de aquí que fuese ella tan amada.

El regalo de boda que tenía preparado la Reina para su nuera era de tal magnificencia, que lo consignan los cronistas diciendo que *las joyas eran tales y en tanta perfección y de tanto valor, que los que las han visto no vieron otras mejores.*

Eran aquellas alhajas las del uso propio de la Reina, que al cederlas á su nuera no vaciló en sacrificar hasta sus más caros recuerdos, pues entre ellas iba el famoso collar de perlas, diamantes y esmeraldas y rubíes, tasado en 40.000 florines, que le había regalado el rey D. Fernando cuando su matrimonio.

Usaba la Reina estas alhajas para realzar en su persona la dignidad real, pero tenía las como en depósito de reserva, pronta siempre á empeñarlas ó venderlas en cuanto el bien público ó las necesidades

del Reino lo aconsejasen á su heroica generosidad.

Con el importe de estas joyas se mantuvo el largo y costoso cerco de Baza; con ellas se ganó á Granada, y con ellas también se descubrió el Nuevo Mundo, costeando las carabelas que llevaron á Colón al descubrimiento. *La Reina, dice Pulgar, envió sus joyas de oro é de plata, é joyeles é perlas é piedras á las cibdades de Valencia é Barcelona á las empeñar, é se empeñaron por grande suma de maravedises; y en el Archivo de Simancas se conservan las cuentas relativas al desempeño de las alhajas que se llevaron á Valencia.*

Vese allí que esta ciudad prestó 60.000 florines, de ellos los 35.000 sobre la corona real de D.^a Isabel, y los 25.000 sobre el collar rico de balajes (1).

Este collar y el de perlas y diamantes, regalo de D. Fernando, se hallan incluidos entre los presentes hechos por la Reina á la princesa Margarita.

Rebosaba el júbilo al par que la gente en

(1) El florín de Aragón valía poco más de 33 reales de vellón, según lo cual los 60.000 florines prestados en Valencia eran unos dos millones de la misma moneda.

las calles de Burgos aquel 3 de Abril, en que había de desposarse el príncipe don Juan con la princesa Margarita, y era tal el alborozo y tan espontánea y comunicativa la alegría, que los transeuntes sonreíanse entre sí sin conocerse, felicitábanse y pedíanse albricias sin haberse visto nunca en la vida, como si el regocijo general fuese lazo que les uniese y amistase á todos, por tener el mismo elevado origen.

Y así como la triste despedida de la infanta D.^a Juana en Laredo pareció una inmensa pena de familia, así también el casamiento del príncipe D. Juan revistió el carácter de esas solemnidades familiares en que brota y se derrama la alegría del corazón de deudos y parientes.

¡Santa y estrecha comunicación de corazones que hace comunes las penas y alegrías entre los Reyes que aman á sus pueblos y son, á su vez, amados de ellos!

Desde el amanecer recorría las calles muchedumbre de gentes venidas del campo y de los lugares vecinos con músicas de chirimías, sacabuches, dulzainas y trompetas, extasiados unos ante los tablados levantados en las plazas para las pantomimas de los juglares y absortos otros en la

contemplación de las colgaduras, tapices, arcos de triunfo y toda clase de pintorescas invenciones que adornaban la carrera desde la Catedral, donde había de celebrarse el matrimonio, hasta el palacio del Condestable, que era donde se hospedaba la Real familia.

Este palacio, conocido con el nombre de la *Casa del Cordón*, de que nos ocuparemos más adelante, por haber sido teatro de un doloroso drama que nos será forzoso relatar, había sido construído recientemente, al mismo tiempo que esa joya de la Catedral que llaman la *Capilla del Condestable*, y que la *Casa de la Vega*, deliciosa finca de recreo del lado de allá del Arlanzón, por el difunto conde de Haro y condestable de Castilla, D. Pedro de Velasco. Su mujer, D.^a Mencía de Mendoza, dirigió estas tres soberbias obras durante la larga ausencia de su marido en la guerra de Granada, y es fama que al recibir á éste, ya de vuelta, díjole la noble dama ufana y gozosa:

—Ya tienes palacio en que morar, quinta en que cazar y capilla en que te enterrar.

Aun vivía en el tiempo á que nos referimos, ya muy anciana, aquella ilustre Con-

desa de Haro, y ella misma fué la que puso á disposición de la Reina su propio palacio, alegando que la casa de los Condestables era más de los Reyes de Castilla que de ellos mismos, como lo acreditaba el hecho de estar esculpidas en la puerta las armas Reales sobre el blasón de los Velascos y Mendozas, como aun hoy día subsisten.

Contaba entonces esta señora setenta y cinco años, y era hija del célebre Marqués de Santillana y hermana, por lo tanto, del Gran Cardenal Mendoza; profesaba ella á la Reina el más respetuoso afecto, y pagábale ésta con cuantas atenciones y honores puede dispensar á un súbdito leal un monarca agradecido.

Á las siete de la mañana no había en toda la carrera hueco vacío, ni ventana que no rebosase gente, ni tejado que no sostuviese una corona de temerarios curiosos; muchos árboles se desgajaron bajo el peso de los imprudentes que cargaron tanto sobre sus ramas.

Un momento después distrajo la atención general una severa comitiva que, saliendo del convento de los franciscanos, dirigíase derecha á la Catedral.

Abría la marcha la Cruz pastoral del Ar-

zobispo de Toledo, que, como Primado de España, podía llevarla ante sí por todas las diócesis; conocía todo el pueblo la historia de aquella famosa Cruz, que se izó la primera en las torres de la Alhambra, y saludábanla á su paso con gran entusiasmo y veneración profunda, como emblema y recuerdo de tan gloriosa jornada.

Seguían en pos de la Cruz, en ordenada procesión, la mitad de los canónigos del Cabildo de Burgos, muchos religiosos de todas las Órdenes, varios caballeros principales de la ciudad y algunos Regidores de la misma, y detrás de todos, presidiendo aquel grave cortejo, más devoto que magnífico, más solemne que brillante, venía el arzobispo de Toledo, Fray Francisco Ximénez de Cisneros, con su humilde hábito franciscano y sus alpargatas de esparto, sin otro distintivo que denunciase su alta dignidad que un sencillo pectoral de oro que le colgaba sobre el pecho.

Doblábanse todas las rodillas ante la austera figura del Arzobispo para recibir su bendición, y con serena majestad dábalá él, como dice el poeta,

A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.

Recibióle el Obispo de Burgos en la puerta mayor de la Catedral, con el resto de los canónigos capitulares, y acto continuo pasó el Arzobispo á revestirse magníficos ornamentos pontificales para recibir á su vez á los Reyes y á los Príncipes en la misma puerta de la Catedral.

Á las siete y media salieron del palacio del Condestable los guardias *continuos* de los Reyes, para abrir calle al cortejo Real entre la apiñada muchedumbre, mas no se quedaron en la calle tomando posiciones, porque jamás permitió la Reina que se interpusiese gente de armas entre ella y su pueblo; una vez marcado su sitio á la multitud, bastaba para enfrenarla el respeto profundísimo que profesaba á los Reyes.

Á las ocho aparecieron en la puerta de la *Casa del Cordón* los clarines y maceros reales, arrancando á la muchedumbre un alarido de gozo, que se prolongó y halló eco por todas las calles del pueblo.

Por razones que ignoramos, había mandado la Reina que todos los del cortejo, incluso las Infantas y Embajadores, fueran á pie á la catedral; sólo habían de ir á caballo los Reyes, los novios y sus padrinos, que lo eran el almirante D. Fadrique En-

ríquez y su madre D.^a María de Velasco.

Una excepción hubo sin embargo: dispuso también la Reina que la anciana Condesa de Haro, viuda del Condestable, fuese á ancas del Almirante.

Honra que parecerá extraña en los tiempos presentes, pero que era en aquella época preciada y honrosa galantería digna de príncipes y reyes; á ancas de la mula del rey D. Enrique hizo la reina D.^a Juana su entrada en Madrid poco antes de nacer *la Beltraneja*; de la misma manera llevó el Conde de Benavente en el bautismo de aquel mismo príncipe D. Juan á la Duquesa de Medinasidonia, que era la madrina, y á ancas llevó también el rey de Francia Luis XII á la reina D.^a Germana, segunda mujer de D. Fernando *el Católico*, cuando su famosa entrevista en Saone; los demás caballeros franceses hicieron otro tanto con las damas de la Reina, y así llegaron todas al alojamiento Real.

Marchaban, pues, los Reyes y los Príncipes en hilera; á la derecha de la Reina, la princesa Margarita, y á la izquierda del Rey, el príncipe D. Juan. Seguíanles la madrina, D.^a María de Velasco, y el padrino, D. Fadrique Enríquez, llevando á ancas á

la anciana Condesa de Haro; lloraba ésta de gozo, enternecida ante el amoroso entusiasmo del pueblo, y comparándolo con el desdén, el desvío hacia los Reyes y hacia los nobles de los calamitosos tiempos de Enrique IV, frescos aún en su memoria.

Iban al frente del cortejo las tres infantas: D.^a Isabel, princesa viuda de Portugal, y D.^a María y D.^a Catalina, todas con sus correspondientes damas, pajes y gentileshombres, con tal orden y buena disposición, que no se confundían ni atropellaban los diversos grupos.

Seguía la comitiva flamenca de la princesa Margarita, que nunca quiso la Reina despedir de su Corte para hacer á su nueva más fácil y suave el tránsito de la libre familiaridad de las Cortes de Borgoña y de Francia, donde Margarita se había educado, á la rígida y austera etiqueta castellana.

Venían luego los Embajadores extranjeros, los Grandes y Prelados del Reino convocados al efecto, todos con sus brillantes séquitos de ricas y vistosas libreas, y los representantes de Aragón, Valencia y Cataluña, vistiendo sus trajes regionales, entre los que llamaban la atención ge-

neral las rozagantes ropas de escarlata del vicecanciller de Aragón, Alonso de la Cavaillería, y de los dos representantes de Zaragoza, Domingo de la Naja y Martín Torrellas.

El oro, la plata, las pedrerías y el brillo de los vivos colores de sedas y terciopelos prestaban á la larga comitiva un esplendor verdaderamente regio que enorgullecía y entusiasmaba al pueblo al ver á sus Reyes tan realzados, y era muy de notar que en ninguna parte del cortejo aparecían escoltas de hombres de armas, ni guardias, ni picas, ni partesanas, ni nada que evocase los sangrientos fantasmas de la guerra y la discordia, como si se quisiese hacer ver que aquella fiesta se celebraba en medio de la paz y del mutuo amor de los Reyes y del pueblo y de la más absoluta y mutua confianza.

El Arzobispo de Toledo y el Obispo de Burgos, revestidos con magníficos ornamentos pontificales, recibieron bajo palio á los Reyes á la puerta del templo, y acto seguido desposó aquél á los Príncipes, los veló y dijo la Misa solemnemente, como había sido el ferviente deseo de la Reina católica.

Concluída la ceremonia, vinieron los Príncipes á arrodillarse ante los Reyes para hacerles ante toda la Corte acatamiento de vasallos y de hijos; mas ellos no permitieron que la Princesa les besase la mano, sino que la abrazaron y besaron en la frente, como á hija. Margarita, á su vez, no permitió que las Infantas le besaran la mano, sino que las abrazó y besó, como á hermanas.

Acercóse luego D.^a Juana de Aragón, que era bastarda muy querida del rey D. Fernando, y fué después primera Duquesa de Frías, y aquí titubeó un momento la Princesa; mas á una seña imperceptible de la Reina dióle á besar la mano primero y abrazóla y besóla después, como á las Infantas.

Por disposición también de la misma Reina, volvieron á palacio todos los del cortejo á caballo, recorriendo antes el brillante escuadrón las principales calles del lugar con la sola idea de que ningún vecino quedase sin contemplar y disfrutar de la dicha de sus Reyes y Príncipes.

Una hora antes de amanecer el día siguiente salían por un oculto postigo del convento de San Francisco y tomaban si-

gilosamente por el camino de herradura que de Burgos llevaba entonces á Madrid, cinco frailes mendicantes; iban á pie y descalzos y llevaban por delante un ruin asnillo cargado con varios paquetes.

El fraile más anciano, que parecía superior de todos ellos, era el arzobispo Fray Francisco Ximénez de Cisneros, que, cumplido el honroso encargo que le había hecho la Reina de casar á los Príncipes de Asturias, se dirigía ya á Toledo á tomar posesión de la Silla primada de España.

